



Palabra del Postulador

Para el Padre d'Alzon, la obediencia como la humildad nacen de la fe. El modelo perfecto de obediencia es Jesús, el Hijo de Dios que, para realizar los designios de su Padre, nacido de mujer, se hace uno de entre nosotros. Por eso, para nuestro Fundador, la obediencia no es sólo una virtud ascética o destinada únicamente a la santificación personal; es ante todo una virtud apostólica. Con razón, la actual Regla de Vida de los Asuncionistas traduce el sentir del Padre d'Alzon con estas palabras: *“Vivida en la fe y la oración, la obediencia nos abre a Dios y a los hombres. Va convirtiendo poco a poco nuestro afán de dominio en voluntad de servicio y de promoción del otro. Manifiesta nuestra fe y nuestra disponibilidad a la voluntad del Padre. Así es signo del Reino”* (RV 43).

La obediencia, para el Padre d'Alzon, se traduce también en lealtad y fidelidad absolutas a la Iglesia, en especial a las enseñanzas, orientaciones y decisiones del Papa: *“Los religiosos de la Asunción obedecerán de una manera absoluta y filial en primer lugar al Santo Padre el Papa...”* (Primeras Constituciones de 1855).

Por último, no olvidemos que el Padre d'Alzon fue él mismo un Superior enérgico y carismático, pero que hoy podríamos considerar como un verdadero líder, que supo formar hombres y mujeres llenos de creatividad y de iniciativa, de fe y de entrega generosa a la misión, a quienes no sólo supo respetar sus dones personales sino que también les abrió amplios horizontes para ejercer su celo apostólico: un Esteban Pernet, un Francisco Picard, una María Correnson, un Victorin Galabert, un Vicente de Paúl Bailly, etc.

P. Julio Navarro Román, a.a.

La virtud de la obediencia

El Padre d'Alzon nos entrega una concepción de la obediencia muy original y elevada...; se inspira en un espíritu eminentemente apostólico. Para él, nuestra obediencia fluye, como de una fuente, de la obediencia filial del Verbo de Dios, inscrita desde toda la eternidad en su persona divina, en el decreto eterno de su misión redentora, que lo destinaba a la muerte y a la muerte en la cruz. Esta perfecta obediencia del Hijo de Dios ilumina toda la historia del mundo, así como llena toda la vida de Cristo entre nosotros en la tierra. Debemos guardarla constantemente a la vista, ya que nuestra propia obediencia es también una obediencia de enviados de Dios para la salvación del

mundo. En su *Reglamento de vida* escribía el Padre d'Alzon: *“Nada es el apóstol sino por quien lo envía, y será tanto más apóstol cuanto mejor cumpla lo que se le haya prescrito. Por eso, haré todos los esfuerzos que pueda para ser un apóstol obediente. La obediencia, en lo que tiene de más verdadero, establece el alma inmediatamente bajo la acción de Dios; y yo no seré verdaderamente apóstol, sino en la medida en que esta acción penetre todo mi ser. El apóstol ama a quien lo envía, pero ha de amar a aquél a quien es enviado, ya que tiene una misión de amor y de misericordia (E. S. p. 781). (Primeras Constituciones, nota sobre el capítulo de la obediencia).*

El Padre d'Alzon nos dice

Misterio admirable, en que Dios nos hace cada vez más libres, en la medida en que nosotros lo hacemos reinar cada vez mejor sobre nosotros mismos, y donde la perfección de nuestra obediencia es el principio de la perfección misma de nuestra libertad.
(*Escritos Espirituales*, p. 153).

Obediencia humilde, pronta y fiel

Santuario de la Consolata de Turín, iglesia donde el Padre d'Alzon hizo, en junio de 1844, el voto de renunciar a las dignidades eclesiásticas.



Hablando de la virtud de la obediencia, vemos la disposición en la que el Padre d'Alzon se mantuvo toda su vida, sometiéndose a la voluntad de Dios, manifestada de una parte por sus superiores –sus obispos sucesivos, el Concilio, el Papa– y de otra por la Regla de la Congregación, de la que fue fundador.

Joven sacerdote, todavía estudiante en Roma, el abate d'Alzon ya se proponía realizar un trabajo misionero entre los protestantes del Sur de Francia, pero sólo lo hará de entera conformidad con su obispo. «Estoy convencido ante todo –le escribe a su madre– de que no es haciendo mi propia voluntad como haré la de Dios»; y un poco más tarde: «Mi voluntad bien determinada es ir a encontrarme con el obispo de Nimes y hacer ni más ni menos que lo que él me mande». Efectivamente, en cuanto el obispo descartó sus proyectos, por mucho que le pesase, se sometió «tratando de echarse ciegamente en los brazos de la Providencia».

En cuanto a sus propias iniciativas, las sometía respetuosamente a su obispo... Así lo hizo, sobre todo, para la fundación de su propia Congregación, para la que esperó durante cinco años la autorización de Monseñor Cart para iniciar un noviciado canónico.

Sobre la obediencia del Padre d'Alzon al Papa, limitémonos a recordar tres manifestaciones especialmente notables: la adhesión inmediata que dio el joven d'Alzon en 1834, a solicitud de Gregorio XVI, a las encíclicas que condenaban la doctrina de Lamennais; la forma en que respondió en 1862 a la invitación de Pío IX de dirigir la actividad de su joven Congregación hacia el Oriente cristiano; la heroica sumisión de que dio pruebas cuando en 1880 León XIII comprometió a las congregaciones religiosas a firmar la declaración de neutralidad política que les fue presentada, a pesar de que confiaba muy poco en la eficacia de esta medida.

«La obediencia, en lo que tiene de más verdadero, pone inmediatamente el alma bajo la acción de Dios; y yo no seré verdaderamente apóstol sino en la medida en que esta acción penetre todo mi ser», escribe el Padre d'Alzon en su *Reglamento de Vida* de 1845. En el informe que nos ha dejado uno de sus novicios, Víctor Cardenne, leemos: «La obediencia, no la obediencia a tal o cual, sino a Jesucristo; la obediencia en una simple mirada a Nuestro Señor, en todo, en todas partes, en los niños que se ha de formar como en la Regla que hay que seguir; obediencia iluminada por la fe, que duplicará la energía de la voluntad, liberada del orgullo por la humildad, y que fecundará la piedad en un desarrollo libre, perseverante y concienzudo, quedando la inteligencia voluntariamente regulada y sometida». (*Dossier sur la Vie et les Vertus*, vol. I, p. 130-131).

Lo que nos enseña

Para el Padre d'Alzon, la obediencia tiene su raíz en la fe incondicional en Dios; el modelo de toda obediencia es Jesucristo; en lugar de limitar nuestra libertad y nuestras iniciativas, la obediencia es un medio formidable para alcanzar la perfección.

Fe y obediencia

La fe es un acto de sumisión de nuestra inteligencia a la verdad revelada por Dios; pero al enseñarnos lo que hay que creer, la fe nos enseña también lo que hay que practicar. Al mostrarnos las relaciones existentes entre Dios y nosotros, nos muestra también nuestros deberes para con Él. Si Dios es el Dueño soberano de todas las cosas, si somos sus servidores, si por la gracia somos sus hijos a doble título, le debemos pues la dependencia más absoluta.

Pero nuestro afán de demostrarle nuestra sumisión puede ir más allá de sus órdenes; podemos indagar sus deseos y hacerlos leyes para nosotros. La obediencia toma entonces un carácter particular de perfección y de amor que se manifiesta por un voto: es el primer lazo de la vida religiosa.

La obediencia, tomada en este sentido, es el sacrificio de mi voluntad, a la que yo renuncio para no hacer en adelante sino la de Dios, manifestada para mí por

mis Superiores. (*E. S.* p. 53).

Jesucristo nuestro modelo

“*Se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte en una cruz*” (Filipenses 2, 8). Tal es el modelo de la perfección: clavado por la obediencia de la Cruz, como se presenta siempre a nuestros ojos, recordándonos que, si la desobediencia del pecado perdió a los hombres, la obediencia del Hombre perfecto los ha salvado (...).



Santuario de Nuestra Señora de las Victorias, París, donde el Padre d'Alzon hizo, en 1845, los votos privados de religión

De modo que los dos extremos de la vida de Jesús están signados por la obediencia y, hacia la mitad, el evangelista tiene buen cuidado de advertirnos que, durante los dieciocho años de su vida oculta, «obedecía a sus padres» (Lucas 2, 5).

La obediencia parece ser pues una de las virtudes fundamentales de la vida cristiana; y es incontestablemente la base de la vida religiosa. Se dirige a lo que se puede

considerar en ella como lo más excelente: la voluntad. (*E. S.* p. 531).

Un medio de perfección

¿Qué es la obediencia, sino la obligación que la voluntad se impone muy libremente de ser siempre perfecta, en cuanto puede permitírsele la naturaleza humana? (...).

La disposición para obedecer es pues una disposición de perfección, y el compromiso de obedecer es un compromiso de perfección; de donde concluyo que, para disponerse a obedecer perfectamente, hay que ejercitarse en ciertos actos preparatorios de obediencia (...).

El voto de obediencia religiosa se extiende a la vida entera... en el sentido de que todos los actos que lo conciernen pertenecen a Dios y al prójimo. Una cantidad de actos, que por sí mismos parecen

indiferentes, pueden ser santificados por la obediencia y adquirir así un carácter meritorio. Ya que aquí la voluntad, que es el sujeto de la obediencia, puede alcanzar proporciones maravillosas, como santidad de intención. ¿Quién podrá describir la intensidad que puede alcanzar la voluntad que se entrega? ¿Quién podrá decir cuántas veces puede renovar la voluntad, por medio de la obediencia, el don de sí misma? (*E. S.* p. 535-6).

Favores y gracias recibidos

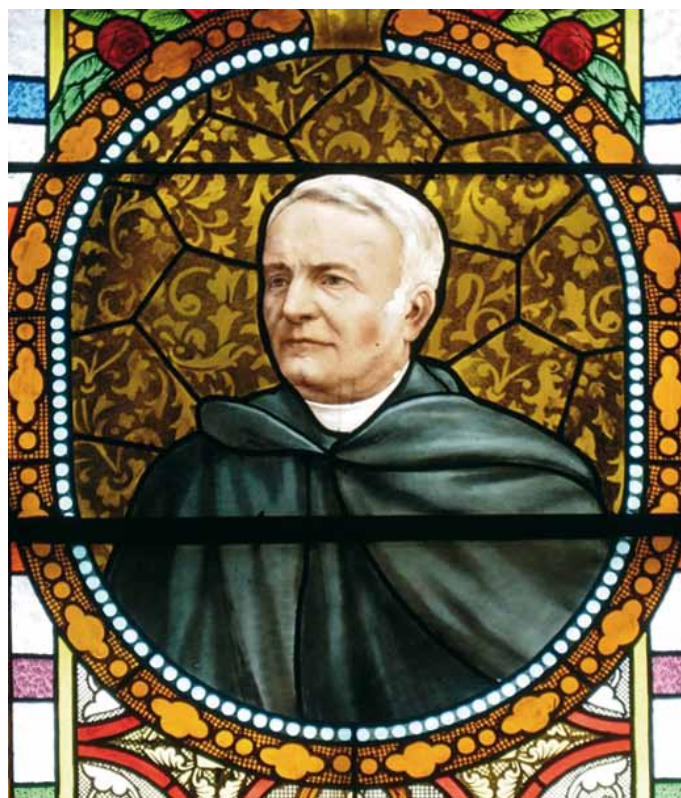
Andrés Orlando CORREA DÍAZ

(Ver en el N° 12 de « Signos de Dios » la relación de lo que parecía ser un posible milagro del Padre d'Alzon. El Dr. Paul Carpentier, de Gardner, Massachusetts, ha estudiado el caso. He aquí un resumen de sus conclusiones).

«Según mi experiencia, si ella (la mamá) me hubiese venido a consultar, le hubiera dicho con delicadeza que estaba teniendo una pérdida, pero que yo no podría asegurarlo definitivamente. Le hubiese explicado que una ecografía, en esta etapa inicial del embarazo, no tendría mucha validez y podría resultar efectivamente engañosa. Además, esta incertidumbre podría ser difícil de manejar, sobre todo emocionalmente. Yo no hubiese prescrito la ecografía, sino en una etapa más avanzada del embarazo y si hubiera existido la posibilidad de tranquilizarla. En este caso, yo hubiera sabido ya antes de la ecografía que no iba a prescribirle medicamentos para interrumpir el embarazo.

Su papá, un hombre de oración, que respetaba el don maravilloso de la vida, recomendó a su hija que pidiera la intercesión del Servidor de Dios, Padre d'Alzon. Recibieron la gracia de la valentía y de la sabiduría para no seguir la recomendación médica inicial y buscar más bien una segunda opinión. Según mi opinión, podrían atribuirse a la milagrosa intercesión del Padre d'Alzon estas gracias de valentía, de paciencia y de sabiduría.

Muchos hubiesen seguido las primeras indicaciones recibidas y, sin saberlo, hubiesen abortado un embrión, por lo demás sano y vivo. En consecuencia, se necesitan gracias milagrosas para mantener una fe que sobrepase la realidad aparente y para defender a su hijo, cuando todos los datos y consejos parecieran indicar lo contrario».



Vitral de la capilla de la Condamine en el Vigan, casa natal del Padre d'Alzon

Noticias de los Secretariados

***Nairobi :** He aquí el texto que he enviado a los religiosos Asuncionistas, a las religiosas Oblatas y a los Laicos de la Asunción. Nuestros encuentros son mensuales y tienen lugar en la segunda semana de cada mes.

“Con la presente carta quiero solicitar su colaboración para promover la causa de la beatificación del Padre Manuel d'Alzon. El P. Julio Navarro Román, a.a., Postulador para la causa mencionada, me ha escrito repetidamente, desde el mes de diciembre pasado, pidiéndome que esté disponible para formar el Secretariado que va a colaborar con él en el trabajo que está llevando a cabo. El objetivo de esta carta es que ustedes conozcan ese mensaje, y compartir con ustedes mis propias convicciones y mis conocimientos sobre el Padre d'Alzon...”. Fr. Muvunga Charles, a.a.



**Para que nuestra
obediencia sea bien
aceptada por Dios,
es necesario que sea
humilde, dulce, pronta, fiel, sin
murmuraciones y sin cobardía. »
(E.S., p. 52)**

Edición a cargo del Secretariado
para la Causa de beatificación del
Padre Manuel d'Alzon.

Postulador, P. Julio Navarro Román, a.a.
Via San Pio V, 55 – 00165 Roma – Italia
@: postulazioneassunzionisti@gmail.com